

EL MIEDO A DECIR QUE SÍ

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

EL MIEDO A DECIR QUE SÍ

Es corriente que, cuando se habla de vocación, muchos pregunten *cómo se siente* la llamada divina. Con frecuencia, hay que empezar por explicarles que la vocación no es un estado de ánimo peculiar más o menos intenso, que impulse al hombre a entregarse a Dios. Tanto es así que, si en algún caso se diera un entusiasmo grande, una fuerte atracción hacia la entrega, posiblemente entonces lo más oportuno sería esperar antes de tomar una decisión definitiva. Por eso decía nuestro Fundador que es misión de los Directores de la Obra *cerrar las puertas*, poner inconvenientes, para que quien se acerque al Opus Dei pondere con serenidad las señales objetivas de su posible llamada.

No es cuestión de sentimiento, hijo mío —decía nuestro Padre en una tertulia—. Yo no empujo a nadie a venir al Opus Dei; al contrario. Durante toda mi vida he puesto dificultades y he procurado tener poco gancho. De modo que el que pesca es el Señor; yo no ¹.

Sin embargo, aunque esté bien lejos de confundirse con una disposición anímica, es lógico que la llamada divina provoque una madeja de sentimientos. Nuestro Fundador solía recalcar algunos: el miedo a decir que sí, la tristeza al rehuir la vocación, la alegría que es consecuencia de la entrega.

(1) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 463.

El miedo

*Miedo hemos tenido todos; yo también. En la Sagrada Escritura, cuando se escucha la voz de Dios, siempre hay un sentimiento de temor y de angustia: ne timeas!, así tiene que tranquilizar el Señor a las almas que llama*².

El miedo suele ser un síntoma de que Dios pasa cerca del alma, de que golpea a las puertas del corazón. El profeta Isaías, al narrar la historia de su vocación, cuenta cómo experimentó esos sentimientos: *¡ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; y, sin embargo, han visto mis ojos a Yavé Sabaot!*³. Y Jeremías, que reacciona de forma parecida al escuchar la voz de Dios, oye también cómo el Señor le tranquiliza: *no temas, porque yo estoy contigo para librarte*⁴. Igual le ocurre a San Pedro a orillas del Mar de Tiberíades. Escribe San Lucas que *el espanto le había invadido*⁵, al contemplar el prodigio de la pesca milagrosa. Por eso, *postróse a los pies de Jesús, diciendo: apártate de mí, porque soy un hombre pecador*⁶. Pero el Señor serena su ánimo y le hace comprender que ese temor —lógico, nacido de una auténtica humildad— no impide que pueda recibir la llamada al apostolado: *noli timere...; no tengas miedo; desde hoy serás pescador de hombres*⁷.

Hay, sin embargo, varias especies de miedo, tan distintas que sólo por semejanza cabe nombrarlas con la misma palabra. La Sagrada Escritura enseña que existe un temor de Dios que es don del Espíritu Santo⁸, y escribe San Gregorio que *los mismos Angeles del Cielo, que miran a Dios sin cesar, se estremecen al contemplarlo; pero ese temblor no es penal, no deriva del miedo, sino de la admiración*⁹. Es la actitud propia de la criatura que se sabe infinitamente distante de Dios y que,

(2) *Ibid.*

(3) *Isai.* VI, 5.

(4) *Jerem.* I, 8.

(5) *Luc.* V, 9.

(6) *Luc.* V, 8.

(7) *Luc.* V, 11.

(8) *Cfr. Isai.* XI, 3.

(9) San Gregorio Magno, *Moralia* 17, 29 (ML 76, 31).

al mismo tiempo, se ve en su presencia, inmensamente amada por el Todopoderoso. Surge de ahí, mientras estamos en la tierra, el temor filial de ofender a nuestro Padre del Cielo. Ese cuidado será mayor cuanto más le amemos, cuanto mejor comprendamos la monstruosidad que supone todo pecado.

Beatus vir qui timet Dominum ¹⁰; dichoso quien teme perder al Señor, ya que entonces vigilará para corresponder generosamente a las luces que Dios quiera enviarle.

La huida de Dios

Muy distinto de ese temor es la huida de Dios. Cuando el Señor se hace presente con un nuevo don y una nueva exigencia en la vida de una persona, si no está bien dispuesta, *el alma se resiste quizá, no quiere el sacrificio, no comprende que el Amor vale más que los amores* ¹¹. Puede reaccionar entonces dando largas y aun rechazando abiertamente la llamada. El temor cede paso a la tristeza. En esa situación se que-rrría alejar de sí todo lo que de alguna manera recuerde la voz divina: se huye de Dios o al menos se intenta olvidar su presencia.

Cuenta la Sagrada Escritura que *la palabra de Yavé fue dirigida a Jonás, hijo de Amitay, diciendo: levántate, vete a Nínive, la gran ciudad y predica contra ella, pues su maldad ha subido hasta mi presencia. Mas Jonás se dispuso a huir a Tarsis, de la presencia de Yavé* ¹².

La primera parte del libro de Jonás narra la historia de esta fuga. El profeta se embarca pensando quizá que lejos de Palestina se acallará la voz de Dios; pero el Señor desencadena una fuerte tempestad, y el barco queda a merced del viento y de las olas. Los marineros, alarmados por la magnitud de la galerna y por su inesperada aparición, comprenden que se debe a una intervención sobrenatural; y cuando Jonás

(10) Ps. CXI, 1.

(11) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 309.

(12) *Jonas* 1, 1-3.

les dice que huye de la palabra de Yavé, le interrogan: *¿qué debemos hacer contigo para que la mar se nos aplaque?*¹³ Y Jonás responde: *co-gedme y arrojadme al mar, pues yo sé que por mi causa os ha sobrevenido esta gran borrasca*¹⁴.

Aún tratan los marineros de remar hacia tierra; pero las encrespadas olas anulan sus intentos. Sólo torna la calma cuando, al fin, deciden echar al agua al profeta.

Yavé destinó entonces un gran pez para que tragase a Jonás, quien estuvo en el vientre del pez durante tres días y tres noches¹⁵; hasta que, arrepentido, invoca el auxilio del Señor, que lo devuelve a la tierra y renueva su llamada.

La historia de Jonás acaba bien: dice que sí a su vocación profética y por su palabra se mueve a penitencia y se salva la ciudad de Nínive¹⁶. Habitualmente la vocación supone un proceso largo, en el que la gracia divina va limando obstáculos y preparando el alma para percibir con claridad la llamada. Pero el hombre es siempre libre de aceptar o rechazar, y puede llegar un momento —y así ocurre por desgracia no pocas veces— que, ante las constantes negativas, el Señor dirija al fin su invitación a otros más dóciles, cumpliéndose lo de la parábola: *os digo que ninguno de aquéllos que habían sido convidados gozará de mi banquete*¹⁷.

Por lo demás, ante la vocación, hay una manifestación que casi nunca falla —explicaba nuestro Fundador—: la resistencia. *Nos resistimos a decir que sí al Señor, se quiere y no se quiere.*

*También yo me resistía, cuando Dios me llamó (...); y quizá a ti te ocurra lo mismo... Pero no temas. El Espíritu Santo nos dice: ego redemi te —yo te he redimido; esto lo entendéis todos—, et vocavi te nomine tuo, y te he llamado por tu nombre: meus es tu!, jeres mío!*¹⁸.

Una cosa es notar que las pasiones se rebelan, que el egoísmo protesta, que los planes nobles y buenos que uno se había forjado parecen

(13) *Jonae* I, 11.

(14) *Jonae* I, 12.

(15) *Jonae* II, 1.

(16) Cfr. *Jonae* III, 3-10.

(17) *Luc.* XIV, 24.

(18) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 460.

derribarse repentinamente...; y otra, bien distinta, es no querer enfrentarse con la realidad de que el Señor pide algo; en una palabra: escapar, huir de Dios. Por eso nuestro Padre, sobre todo en aquellas tertulias multitudinarias, cuando le exponían alguna inquietud ante la posibilidad de que el Señor llamase a la Obra, solía responder:

*Estar inquieto, sentirse cobarde, bellaco, eso ya es una buena señal. Tener miedo, jeso ya es una buena señal! No son señales negativas: son positivas*¹⁹.

*Hay muchas maneras de manifestarse la vocación —repetía en otra oportunidad—, porque la llamada al Opus Dei no es un caminito estrecho. La senda de la Obra es un camino carretero, muy ancho, por el que se puede ir andando, corriendo, a la pata coja, en bicicleta, en un buen automóvil, en moto... Se puede recorrer por la derecha, por la izquierda, por el centro, haciendo zigzag... Se puede ir hasta por la cuneta, aunque esto no se lo aconsejo a nadie. Cada uno tiene su camino personal, dentro del Opus Dei. En consecuencia, las características de esta llamada no tienen por qué ser idénticas en todos los casos. Existe un indicio, que suele aparecer habitualmente: el pánico a decir que sí*²⁰.

Ese miedo es, pues, un indicio, no una prueba definitiva de que Dios pida una vida de entrega. De hecho aparece en muchos momentos, y no sólo ante la posibilidad de una vocación específica. Posiblemente la mayor parte de las personas que entran en contacto con la Obra y comprenden lo que nuestro espíritu puede significar en su vida, alguna vez sientan también temor a comprometerse demasiado. Es una señal de que empiezan a entender que Dios está muy cerca y les pide algo que cuesta dar: más preocupación por los demás, mejorar la formación personal, mayor generosidad...

Otras veces el miedo es más específico e intenso. Cuando alguien está a punto de dar el paso definitivo, puede sentir la tentación de huir, de evadirse; incluso puede resistirse a rezar, porque intuye cuál va a ser la respuesta del Señor a sus oraciones.

En uno y otro caso, hay que afrontar ese miedo. Escaparse es siem-

(19) De nuestro Padre, Crónica, 1974, p. 530.

(20) De nuestro Padre, Crónica, 1972, p. 460.

pre el peor expediente, porque aun en el caso de que esa persona no tuviera vocación a la Obra, habría dicho que no a Dios por anticipado, y siempre le quedaría la duda de haber perdido la gran oportunidad para ser feliz en esta vida y en la otra.

Superar el temor

Mientras el Señor te llame, y tú no contestes que sí —respondía el Padre en una tertulia—, seguirás teniendo miedo. El mejor procedimiento para echar fuera el temor, consiste en responder afirmativamente a la llamada divina. Entonces has eliminado la incógnita, como se dice en matemáticas, y el problema queda resuelto.

Ante esa reacción de temor —una de las señales de la vocación—, nos preguntamos: ¿qué voy a responder a Dios? ¿Que sí o que no? Si contesto negativamente, ¡qué desgracia para toda mi vida! Si le digo que sí, como El es mucho más generoso, me llenará de su gracia y hará que mi vida, en lugar de desenvolverse de un modo chato, pegado a la tierra, sin perspectiva ni relieve, sin volumen y sin color, tenga el color y el relieve y el volumen del que mira las cosas con los ojos de Dios²¹.

Poco después volvía a insistir: cuando percibimos que dentro de nuestra alma hay tendencias que nos tiran para abajo —la sensualidad, la soberbia, la vanidad...— y que, por la gracia de Dios, notamos otras fuerzas que nos impulsan hacia arriba, y nos da miedo subir porque no sabemos qué puede pasar, debemos decidimos a eliminar la incógnita: lanzarse de una vez.

Me acuerdo de lo que cuentan de una madre, que tenía un hijo en la Academia Militar del Aire. Cuando llegó la primera ocasión en la que el chico iba a pilotar un avión, ¿sabéis lo que le recomendó su madre? Le dijo: hijo mío, mucho cuidado, vuela bajito y despacio. No se daba cuenta de que justamente ése era el peligro: estrellarse contra cualquier accidente del terreno por llevar poca altura, o caer a tierra por falta de velocidad. Otro

(21) Del Padre, Crónica, 1977, pp. 582-583.

*tanto digo yo a los que tengan miedo: que se lancen valientemente para arriba con la generosidad del amor, del amor siempre joven. Así volarán como las águilas, y no fracasarán; encontrarán la paz y la alegría de servir y de amar a Dios*²².

Hay una sola alternativa para salir de este estado de temor que suele acompañar a la crisis de la vocación: decir que con la gracia de Dios, se está dispuesto a lo que el Señor quiera, sea lo que sea —y entonces la inquietud se convierte en alegría y paz, en la serenidad de quien se sabe en el camino—, o decir que no, cerrarse a aceptar una de las mayores gracias que Dios puede conceder a una criatura. Entonces, sí, también se acaba perdiendo el miedo, porque la conciencia se insensibiliza. Pero el vacío del temor se llena con una tristeza honda, que acompaña al alma como un reproche divino.

Yo traía en el pensamiento una escena del Evangelio de San Mateo, en el capítulo diecinueve —comentaba nuestro Padre durante una tertulia con universitarios—. Un hombre joven, de vuestra edad, encuentra al Señor al pasar —Jesús que pasa por nuestras vidas tantas veces; habrá pasado por la vuestra como pasó por la mía—, y le dice: Maestro, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna? Y el Señor le responde: serva mandata, guarda los mandamientos. Contestación del muchacho: quae?, ¿qué mandamientos? El Señor se los enumera, y vuelve a contestar el chico, que era un hombre limpio: todos los he guardado desde mi niñez. Entonces el Señor lo mira... Lo haría con una mirada de cariño intenso, porque, vosotros, ¿os habéis imaginado cómo sería la mirada de Jesús? (...).

A este muchacho lo miraría con amor, con cariño, con simpatía, porque era un hombre limpio: si vis perfectus esse, si quieres ser más perfecto, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y ven y sígueme. Y aquí empieza el fracaso. Corazones partidos yo no los quiero; éste lo partía con el dinero. Parecía un corazón incapaz de partirse, y no señor: abiit tristis, se apartó de Jesucristo, marchóse triste, cabizbajo. Yo me lo imagino fracasado. Un hombre que tenía todas las condiciones para responder, y fue cobarde...

(22) Del Padre, Crónica, 1977, pp. 584-585.

Jesucristo pasa. Puede pasar en estos días a vuestro lado; y si no, habrá pasado ya; y si no, pasará a la vuelta del tiempo como pasó cerca de mí. ¡Qué pena! Parece que tenemos capacidad para dar el corazón entero, y luego resulta que queremos compartirlo con otros afanes que no son de Jesucristo ²³.

Ante la llamada del Señor, no cabe el silencio, esperar a que Dios se aleje, encubrir la cobardía con capa de falsa prudencia. Hay que enfrentarse lealmente con esa inquietud, sincerarse con el Dios que llama y concede las gracias oportunas. En una palabra: meditar valientemente aquellas palabras que nuestro Fundador escribió en *Camino*: *¿por qué no te entregas a Dios de una vez..., de verdad... ¡ahora!?* ²⁴.

Ahora. Sin más aplazamientos. Así respondieron los Apóstoles a la voz de Jesús. *Estaban en su oficio, como estaba Mateo en su banco de recaudador. Los llama el Señor en su lugar de trabajo, cuando pescaban. At illi continuo, relictis omnibus, secuti sunt eum (Matth. IV, 20); y ellos, al instante, dejadas las redes, le siguieron* ²⁵.

(23) De nuestro Padre, Tertulia, 6-VII-1974, en *Catequesis en América*, II, pp. 112-114.

(24) *Camino*, n. 902.

(25) De nuestro Padre, Tertulia, 30-XI-1960, en *Crónica*, 1969, p. 265.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)

[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)

[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)

[Ir a la correspondencia del día](#)

[Ir a la página principal](#)